

de ropa usadas por ella; tales son, dos túnicas y dos tocas; varias vasijas que utilizó en este convento; en especial una, regalo de un P. Mercedario, la cual lleva en el fondo, esmaltado, el escudo de la Merced, con esta inscripción: «A mi Madre Ana de S. Agustín»; se hallan también el rosario, varias monedas, dos cartas autógrafas, dos cuadritos con 63 firmas de la Venerable y otros objetos, ya de penitencia como el leño que usaba por cabecera, ya de expansión y alegría como la pandereta y sonajero de que se servía en los recreos de Navidades; y hasta un sombrero, que para defenderse de los ardores del sol, usó nuestra Venerable, mientras dirigía las obras de esta santa casa e Iglesia.

Pero la mejor reliquia que encierra la vitrina, es la parte exterior de la rodilla de la V. Madre, acomodada en un relicario plateado. Con esta reliquia se han obrado grandes milagros. Veán nuestros amados lectores un párrafo, que copiamos del Proceso Ordinario, tomo 6.º —en donde, además de los Procesos hechos en Dueñas y Almansa, se hallan las compulsas de diversos Instrumentos concernientes a la Causa, y, por lo tanto, el traslado de los capítulos 10 y 11 del Epítome de la vida de la V. M. Ana de S. Agustín, escrito por el P. Fr. Andrés de Cristo. Trata el capítulo diez casos milagrosos que han sucedido con las reliquias de la V. M.—Dice así: «... En el año siguiente, que fué el 1649, poco antes de Navidad, estando yo en Mahora, en casa del Sr. Obispo D. Pedro Manso, me vinieron a llamar muy aprisa para un mozo que se estaba muriendo de repente; fui volando, y cuando llegué a la casa, no se podía entrar en ella, por la mucha gente que había. Yo rompí por medio como pude, hasta llegar al aposento, y sobre la cama, estaba un mozo, como de veinte años, con tan grandes ansias, angustias y bascas que parecía querer acabar la vida. Tenía tan gran valor este mozo, que no le podían tener sobre la cama ocho

hombres, porque a todos los traía como si fueran de paja; yo llevaba conmigo una gran reliquia de la V. M. Ana de San Agustín, en un papel que me la había dado una religiosa (que era la chocuela de la rodilla con su cuero y carne) y acordándome de ella, e inspirado de N. Señor, dije allí, a voces; que se apartasen todos, y a los que le tenían pedí repetidas veces (Tiniendo yo la santa reliquia, en las manos) que le soltasen y dejasen por cuenta mía. Y fué cosa rara, que en tocándole con ella en la frente, se sosegó este mozo, dando unos grandes suspiros y teniendo el aliento tan fuerte y acelerado que a penas se alcanzaban un resuello a otro. Viéndole así tan fatigado le dije que se sosegase, y pregunté si quería beber y respondiéndome que sí, pedí que trajesen un poco de agua, y trajeron un vaso grande de vidrio, y entrando en el esta reliquia de la V. M. bebió, con gran ansia, por dos veces, y se sosegó y quietó sólo con esto, a vista de todo el pueblo, y con admiración de todos. Yo dije allí al enfermo cómo aquella reliquia era de una gran santa llamada Ana de S. Agustín, que estaba en Villanueva de la Jara, en el convento de Sta. Ana, por cuyos méritos hacía Dios grandes milagros. El, ofreció serle muy devoto, y de ir, a pie, a visitar su santo cuerpo; y yo, de su parte, que, no le volvería más aquel trabajo y mal en el corazón. A la tarde volví a ver este mozo, y le hallé muy consolado y contento, y con propósitos de ir a Villanueva, y de decir una misa a la V. M., en hacimiento de gracias. Y la gente que estaba allí me dijo: cómo, sin duda, aquella religiosa Ana de San Agustín era grandísima santa, pues tal maravilla había obrado Dios por su reliquia. Pidiéronme una poca, y yo la di, con sumo gusto; quedando muy agradecido a N. Señor, y a la V. M., por el bien que hizo en esta ocasión a este mozo. De esto fué testigo toda la villa del suceso.»

